



El Collar de Conchas

Por Borja Ignacio Goyenechea Pestana
2do Lugar

El dado lo encontraron en la basura. Al principio les dio asco tocarlo, pero cuando descubrieron sus secretos, lo adoraron como a un amigo.

—Sale seis —dijo el mayor.

El menor se llevó los dedos a la boca y observó tenso cómo el cubito blanco rebotaba en el suelo, sus puntos negros vueltos una mancha gris.

—¡Seis! —anunció el ganador—. ¡Magia!

Los otros dos aplaudieron.

—Si sale tres, buscas bronca por allá —dijo el del medio al menor.

El mayor rio.

El menor se jaló los pelos y sonrió exageradamente. Reprimió un grito mientras el dado caía al suelo, daba botes, se metía en una grieta de esa vereda transitada, noche en el pueblo de Máncora, salía ileso, giraba algunas veces más, los puntos negros perdían velocidad, se hacían claros, dejaban de moverse y el tres quedaba arriba, vencedor.

—¡Ja! —celebró el del medio.

—¡Jajaja! —el mayor.

El menor quiso coger el dado y tirarlo al otro lado de la calle, que se perdiera entre los quioscos y la caminata de los turistas.

—¿A esos? —preguntó, señalando a un grupo de jóvenes reunido al lado de la pista. —Sí. Anda y méchatelos.



Respiró hondo, pero tuvo que soltar el aire porque lo invadió la risa. Fingió cara seria, sacó pecho, extendió los brazos y se acercó al grupo de chicos tanto más grandes que él. El mayor y el

del medio vieron cómo se integraba al círculo y gritaba las pocas lisuras que conocía. Sus puños en posición de guardia, como ellos le habían enseñado. Los extraños rieron. Le daban empujoncitos, rebotaban la pelota de fútbol en su cabeza, ándate a dormir, huevonazo, quién le ha dado cerveza a la criatura.

Los hermanos recibieron al menor con palmadas en la espalda. Buena, valiente. —Ahora me toca a mí —dijo él.

—Denle el dado —ordenó el mayor, como si le hablara a una multitud.

—Si sale cinco, me pagan.

—¿Cuánto te pagamos?

—Cinco soles.

El menor agitó el cubito de plástico en su palma cerrada y lo dejó caer. Apretó los puños mientras el dado se demoraba en decidir, y gritó al cielo cuando apareció un dos.

—¡Ahora me toca a mí! —dijo el del medio—. Seis soles si sale el seis.

Lo mismo. Cayó el dado, los tres pares de ojos vigilaron sus movimientos, sus giros, sus cambios de dirección. Salió el uno.

—Voy yo —anunció el mayor—. Sale dos y me dan toda su plata.

—¡Toda nuestra plata!

Alzó el dado y, sin agitarlo ni soplar, lo echó al abismo. Ignoró sus rebotes, sus vueltas y amenazas. Que sus hermanos se angustiaran por él, que se jalaran los pelos, se cogieran los bolsillos y anunciaran con sollozos su victoria.

¡Dos!

El mayor extendió las palmas y ordenó: —¡A pagar!

Sus hermanos se carcajaban. Le llenaron las manos hasta que él ya no pudo cerrar los dedos. Entonces se puso a contar:



—Uno, dos, tres... ¡Diez!

—¿Diez soles? —preguntó el menor, asombrado.

—Sí. Diez soles.

—¡Alcanza para el collar de conchas! —reveló el del medio.

—¿El de conchitas blancas y rojas? —preguntó el menor.

—Sí. El que nos gusta —confirmó el del medio.

—Cómpralo —imploró el menor, brincando al lado de su hermano mayor.

—¡Cuidado! —dijo este—. Se me cae la plata —Metió todo en sus bolsillos y reflexionó—

. ¿De verdad costaba diez soles?

—Sí —contestaron—. Nada más —agregó el del medio.

—Entonces lo voy a comprar.

—¿Te atreves? —preguntó el menor, que se comía las uñas y miraba con sus ojos de búho.

El mayor miró a los lados, seguro de que nadie los observara.

—Sí. Me atrevo —dijo, mientras se alejaba hacia el borde de la vereda, donde desfilaban un sinfín de negocios: bodegas, farmacias, tiendas de electrónicos, cevicherías y joyerías.

Los otros dos no miraron lo que hacía su hermano. Quisieron distraerse con el dado, con las mototaxis que pasaban y que llenaban la calle con el reggaetón de sus parlantes, pero estaban tensos porque el mayor se había atrevido, y adivinaban si lo que sucedería en los próximos segundos sería bueno, o terriblemente malo. El mayor reapareció entre la multitud. —Vamos —dijo.

Ajustaron el paso, cruzaron la calle y enfilaron en el sentido de los carros. No miraron atrás. Cuando se acercaron a la parte más calmada de la avenida, desde donde se podía ver el mar, echaron a correr. Los bolsillos del mayor chasqueaban, pesados. Detuvieron a una mototaxi.

—A Las Pocitas. Pasando el Hotel Celina.

El conductor asintió. Los muchachos se treparon en el asiento, agarrados para no balancearse al ritmo de los huecos y desniveles de esa pista destartalada.



Dejaron atrás la bulla y las luces de la avenida. A la izquierda se alzaba el acantilado arenoso y a la derecha yacía el mar; los barcos y las chalanas de los pescadores. Todo lo que alumbraba era el farol de la mototaxi. El mayor alcanzó a su bolsillo.

—Miren.

Era el collar, colorido aún en la poca luz. Se lo puso en el cuello y preguntó:

—¿Qué tal queda?

Sus hermanos levantaron los pulgares, sonrientes. Hubieran celebrado a gritos, pero al pie del acantilado distinguieron las escaleras maltrechas que llegaban hasta lo alto, donde una pequeña casa de madera contrachapada y techo de calamina, con la ventana iluminada y la puerta abierta, lo observaba todo. Parecía hecha de ceniza. Achicaron los hombros y las piernas, haciéndose invisibles. Sus risas estallaron cuando la casa desapareció detrás de una curva. Pasaron la garita de Las Positas, donde faroles cálidos iluminaban lo largo de la pista. A la izquierda, el acantilado se disfrazó con fachadas de concreto y grandes ventanales, y a la derecha desfilaban los portones de las casas que daban al mar. Cuando vieron la puerta de madera barnizada que conocían, detuvieron al conductor.

—Diez soles —ordenó este.

Los niños hicieron como si buscaran en sus bolsillos, se miraron unos a otros y el más grande pidió:

—Fíanos.

—¿‘Tas loco?

—No seas malito. Fíanos.

—Me quieres cagar —acusó el conductor.

—Pasa mañana a cobrarnos.

—¿Aquí viven? —preguntó, apuntando la puerta.

—Sí. Ven y te pagamos quince.

El conductor suspiró, harto. Uno de los niños le alcanzó un dado. Lo recibió y lo aventó a la pista, aunque hubiera preferido lanzárselo en la cara. Prendió la moto y se alejó.

El menor esperaba a los otros dos frente a la puerta. Ellos se acercaron con sonrisas burlonas.



—¿Por qué no abres? —preguntó el del medio.

El pequeño guardó silencio.

—Abre, pe’ —insistió el mayor.

—Está cerrada.

—¿Cerrada?

El menor asintió con la cabeza, los brazos cruzados y los primeros rasgos de un puchero. —¡Te tocaba a ti asegurarla! —reprimió el mayor. Pero se detuvo cuando su hermano se puso a llorar—. Tranquilízate. Vamos por la playa. No pasa nada.

Caminaron lo largo de varias casas, hasta dar con el primer camino a la arena. La oscuridad de la playa fue un alivio. Si hubiera sido verano o vacaciones de julio, las luces de las salas y de los jardines pondrían el mar en evidencia.

Llegaron a la orilla. Con sus pies tocando el agua fría, regresaron los metros perdidos, hasta la casa. La puerta estaba cerrada, pero el muro era un montón de troncos de bambú, separados lo suficiente para que sus cuerpecitos pasaran.

Primero entró el más pequeño, que ya se había calmado, luego el del medio y finalmente el mayor. Se felicitaron con sus risitas. Cruzaron el jardín y se lavaron los pies en la piscina. Las luces estaban apagadas, pero sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y la luna llena, que por momentos se colaba entra las nubes, los amparaba.

Siguieron hasta la terraza. Los sofás estaban tapados, por si llovía. Una mano de plátanos colgaba de una columna. Ellos la habían puesto ahí. El mayor cargó al menor, para que cogiera una fruta. Luego corrieron la mampara, que habían dejado a medio abrir, y entraron a la sala.

Ahí la oscuridad era más severa. También el silencio, solamente interrumpido por el masticar del pequeño. Prendieron el televisor, que iluminó el recinto, y tomaron asiento en los sofás que lo encaraban. Desde adentro, la antigüedad de la casa era evidente. La primera del balneario, se decía. El suelo era de baldosas anaranjadas, y las columnas y el techo estaban reforzados por madera. Así la conservaban porque lo de otra época tiene su propia belleza. También era de las casas más grandes. La que todos querían tener.



—Qué hambre —dijo el mayor. La pantalla mostraba un partido de tenis, pero él no le prestaba atención.

—Come un plátano —contestó el menor, que iba por la mitad del suyo. El mayor negó. Se puso de pie y fue a la cocina.

—¿Quieres algo? —preguntó al del medio, que estaba atento al televisor.

—¿Qué hay?

El mayor abrió el refrigerador. Vacío. Revisó la despensa, pero la oscuridad era implacable.

Puso el dedo sobre el interruptor y su corazón galopó. Prendió la luz. Sus hermanos voltearon. —Hay chifles —dijo. Prendió la luz de la cocina—. Aquí hay agua.

Sirvió tres vasos y los llevó a la sala. Regresó a coger los chifles, y en el camino de vuelta al sofá prendió otras cuantas luces.

—¡Oye! No coman sin platos. Van a ensuciar.

Fue una vez más a la cocina, prendió los focos que faltaban, cogió platos y volvió para repartirlos. Sus hermanos reían nerviosos. Habían saltado con cada foco que se encendía, que revelaba su presencia.

Llenaron los platos de chifles. El menor puso la cáscara de la fruta en el suyo. —Hubieran comido plátano —dijo.

—No es lo mismo —contestó el del medio, embutiéndose la fritura.

Así estuvieron durante una hora. Incluso el del medio, antes interesado en el partido, ya no prestaba atención. Miró a su hermano mayor. Se fijó en el collar de conchas blancas y rojas que tenía puesto. Llevaban semanas queriéndolo.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó el menor, bostezando.

El mayor se lo pensó. La emoción de prender luces había desaparecido. Volteó a mirar el pasadizo al final de la sala, oscuro. El sueño y el aburrimiento lo pusieron de pie.

—Me voy a dormir —dijo.

—¿A dormir? —preguntaron sus hermanos, mirándose uno a otro. —Sí. Ya tengo sueño.

—Pero... —lo detuvo el menor—. ¿De verdad vas a dormir?

—Sí. Me voy a la cama. A dormir —concluyó el mayor.



Caminó hacia el pasadizo y se sumergió en la penumbra. Siguió a tientas hasta el final.

Abrió la última puerta. La ventana coincidía con la luna; su luz fría se acostaba sobre las sábanas de la única cama. El mayor se acostó. Primero como la luna: sin perturbar la tela. Luego jaló una esquina y enrolló su cuerpo en la sábana. Puso una almohada entre sus piernas y en la otra apoyó la cabeza. Esta es mi cama, pensó. Aquí voy a dormir. Sintió la misma emoción que las luces de la sala habían encendido.

—Es mi cama —dijo en voz baja. Jaló la cinta de la cortina y cubrió la ventana, la luna, las estrellas y el acantilado—. Mi cama.

Despertó con un sonido agudo. Pensó que un mosquito se había metido al cuarto y agitó las manos para matarlo. Cuando volvió a sonar, supo que se equivocaba. Se levantó. Otra vez, el timbre. Abandonó la habitación. Encontró la sala encendida; sus hermanos dormidos en el sofá. El partido de tenis empezaba de nuevo.

—¡Despierten!

Levantaron las cabezas, desconcertados.

—¡Manuel! —desde afuera se escuchó la voz de un señor, y golpes en la puerta—.

¡Manuel! ¿Eres tú?

El menor y el del medio se pusieron de pie con caras de espanto. El mayor recorrió la casa apagando las luces. Los golpes en la puerta sonaron más fuertes.

No recogieron los chifles ni los platos ni los vasos ni la cáscara. Corrieron la mampara y salieron al jardín. La noche parecía más oscura. Pasaron entre los bambús. Siguieron hasta la orilla y corrieron hacia la izquierda.

Era muy arriesgado tomar el mismo callejón. Siguieron hasta que las palmeras escaseaban y las casas se hacían modernas, pequeñas e iguales. Ahí encontraron un terreno descampado y atravesaron la maleza hasta alcanzar la pista. Caminaron tranquilos, como si no fueran culpables de nada. Alentaron el paso y calmaron la respiración al pasar por la puerta de la casa que habían abandonado. Una pareja aguardaba. El hombre tenía el teléfono al oído.

—Las luces estaban prendidas, tocamos y se apagaron —decía él—... No. No vimos a nadie salir... Sí...



Llamé. Ya llegarán.

La pareja volteó a observar a los niños. El hombre la miró y asintió con la cabeza. —¿Niños? —llamó la señora.

El mayor arrancó a correr; sus hermanos tras él.

—¡Niños! ¡Policía! —escuchó. Volteó a comprobar que el pequeño no se quedara atrás.

Qué grande se había vuelto, que corría sin llorar, tan rápido como los otros dos. Siguieron y los gritos se alejaron, indescifrables. Vieron las escaleras maltrechas, esas que subían por el acantilado hasta la casita de madera contrachapada con techo de calamina, y treparon. Los escalones crujían a cada paso; apenas podían verse en la oscuridad, pero ellos los conocían de memoria.

La casa olía a cigarro. Dos sombras discutían en un rincón del patio trasero. Voces adultas, aunque distintas a esas de las que habían escapado. Los hermanos entraron sigilosos y se atrincheraron en la habitación que compartían. Cada uno se metió en su cama y fingió dormir. Apretaron los párpados cuando escucharon pasos que se acercaban. La puerta se abrió y entró una mujer.

—¡Una de la mañana! —gritó. Prendió el foco que colgaba del techo y el ámbito apenas se iluminó. Quitó las sábanas que cubrían al mayor y lo cogió por las orejas—. ¡Una de la mañana! ¡Cómo se te ocurre regresar a la una de la mañana!

Vio las conchas que su hijo llevaba al cuello. Les pasó el dedo y las observó de cerca. —¿Con qué has pagado esto?

El mayor guardó silencio. Su madre metió la mano en sus bolsillos y sintió unas piedritas.

Las sacó. Diez piedritas. Las echó al suelo y le dio al muchacho una palmada en todo el rostro.

—¿Cómo pagaste ese collar?

—Me lo regalaron —mintió él.

La madre iba a repetir la agresión, pero se llevó las manos a la cara, aguantó el llanto, apagó la luz y abandonó la habitación. Los niños la escucharon salir al patio. El olor a cigarro agravó. También los sollozos de la mujer.

—No tenemos nada —la escucharon decir—. Nada. El hombre contestó un murmullo.